

Encuentro con nosotros mismos y con los demás

CARTA A LOS TURISTAS Y VISITANTES

Estimados turistas y visitantes:

Sed bienvenidos a nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante. Y que estos meses de verano consigáis ver realizados los anhelos e ilusiones que durante el periodo laboral no habéis podido lograr.

Me imagino que habéis preparado con esmero los días de vacaciones para descansar, con horarios más desahogados, cambiar estancias cerradas por naturaleza abierta y olvidar el stress del trabajo por medio de un apacible sosiego. Quizá soñáis con encontrar “el paraíso” escondido durante el año.

Este legítimo deseo coincide, al menos en buena parte, con el deseo de Dios, que nos mueve y ayuda a buscar la felicidad. Prueba de ello es que ésta se tocaba con las manos en el estado original del ser humano. Según la Biblia, el dolor vino después por la ingenua pretensión del hombre de querer ser como Dios, desobedeciendo al Creador.

Dios colocó a nuestros primeros padres en un paraíso y fuimos nosotros los que hicimos de él un lugar de sufrimiento. *Paradeisos*, calco del persa *pardes*, significa huerto. En las religiones del Medio Oriente los dioses vivían, con gozo y delicia, en palacios rodeados de huertos. Por ellos corría el agua de la vida, brotaban árboles maravillosos y su fruto alimentaba a los mortales. Estas imágenes pasaron a la Biblia, y así se dice en ella que Dios “se paseaba a la brisa del día”, en su huerto (Gén 3,8). También se señala el estado en que Dios creó al hombre y la suerte que le asignó en la tierra. En el mismo libro sagrado leemos que Dios plantó “un jardín en la región de Edén” (Gén 2,8ss). La felicidad que en él se vivía, brotaba de su familiaridad con Dios, de la libertad y dominio sobre animales y frutos, de la unidad armónica del hombre con su pareja, de la inocencia moral y la ausencia de la muerte.

Estos son los pilares fundamentales de todo paraíso humano, también del escatológico y del que en ocasiones, al menos, soñamos en recuperar de algún modo. Es verdad que la realización del hombre en cuanto a “ser feliz y pasarlo bien” está en el cielo, pero no es menos cierto que también aquí, en la tierra, podemos atisbar destellos de ese paraíso, siempre perdido y siempre ansiado.

Las vacaciones son tiempo propicio y oportunidad buena para conseguir lo que necesitamos. Hace posible este logro vivir como hijos de Dios, sintiéndonos queridos por él; disfrutando de su creación, respetándola y agradeciéndola. Teniendo paz interior y queriendo a los demás; acercándonos en los días de descanso al sacramento de la reconciliación. En una palabra: tratando de “ser felices, pasándolo bien” confiando en Cristo Resucitado y sabiendo que sólo la amistad con Él nos ofrece y garantiza gozo y alegría.

Que el merecido descanso de estas vacaciones nos estimule a todos a buscar el Paraíso prometido al buen ladrón en su cruz. El Paraíso de los justos. No es un

lugar, y sí un estado en el que Dios lo será todo en todos. Sólo entonces estaremos contentos, seremos felices.

Oigamos a nuestro Papa Benedicto XVI, que recordaba hace algún tiempo:

“El periodo de vacaciones, constituye, ciertamente, un tiempo útil para repasar la biografía y los escritos de algunos santos o santas en particular, pero cada día del año nos ofrece la oportunidad de familiarizarnos con nuestros patronos celestiales. Su experiencia humana y espiritual muestra que la santidad no es un lujo, no es un privilegio de unos pocos, una meta imposible para un hombre normal; en realidad, es el destino común de todos los hombres llamados a ser hijos de Dios, la vocación universal de todos los bautizados. La santidad se ofrece a todos; naturalmente no todos los santos son iguales: de hecho, como he dicho, son el espectro de la luz divina. Y no es necesariamente un gran santo el que posee carismas extraordinarios. En efecto, hay muchísimos cuyo nombre sólo Dios conoce, porque en la tierra han llevado una vida aparentemente muy normal” (Audiencia General, 20.8.2008).

Recordemos también que el Edén contrasta con nuestras miserias, que el pecado está ligado al paraíso perdido, y que los pecados del pueblo producen desolación en la tierra (Jr. 4,23).

Sin que olvidemos jamás que nuestro paraíso no está ligado a un determinado lugar, ni a un tiempo concreto. No se ciñe a las vacaciones, ni consiste en tener al alcance de la mano muchas cosas, ni se logra dando rienda suelta a las pasiones. No es propiedad de unos pocos, ni se consigue con sólo el esfuerzo humano. El Nuevo Testamento nos revela el último secreto de este designio divino de felicidad del hombre: **Cristo Jesús** es nuestra **felicidad**, es nuestro **Paraíso**.

La Iglesia de Orihuela-Alicante, con su Obispo, sus sacerdotes, sus religiosos y seglares, os deseamos una feliz estancia entre nosotros. Y tanto las personas, como las Parroquias nos ponemos a vuestra disposición. Nos encantará informaros de los horarios de culto y de las actividades que traemos entre manos. Y nos alegrará vuestra participación en las celebraciones litúrgicas. Estamos a vuestro servicio, para lo que necesitéis.

Bienvenidos y que tengáis todos, con la ayuda y la presencia cercana de la Virgen María, felices vacaciones.

Muy sinceramente,

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

Alicante, 13 de mayo de 2011